

DON RENATO DESCARTES EN RENTERÍA.

Ramón Ayerza Elizarain.

Obedeciendo al uso establecido, un viernes de finales del pasado abril se celebró en la Sociedad Amulleta la cena anual de OARSO. Algún día habrá que hablar de estos acontecimientos anuales, cabales, atípicos, sorprendentemente naturales, naturalmente sorprendentes. Es tradicional que, en el interludio entre postres y copas, el portavoz del Comité de Redacción anuncie *urbi et orbi* el o los temas propuestos y la fecha límite de entrega de los trabajos, al tiempo que (la más exquisita cortesía es de rigor en los acontecimientos de Amulleta) haga votos por la mejor fortuna para los esforzados redactores.

Este año, encaramado en su altura moral (y no menor estatura física) Joshan Arbelaiz invitaba, con sonrisa que siempre me ha recordado aquella, de cuarto creciente, del gato de Alicia, y entre otros asuntos de no menor calado, a dedicar una atención a la figura de Descartes, el cuarto centenario de cuyo nacimiento celebramos, rendidos de gratitud, este año.

La idea no pudo por menos que excitar la proverbial sagacidad de los redactores allí congregados. Tras detenida reflexión, varios de los más inmediatos comunicaron una conclusión coincidente: a su entender, era probable que el mayor contacto de Descartes con la Muy Noble Villa de Rentería lo fuese a través del no menos noble (aunque mendaz) juego del mus.

De vuelta en casa, pareciera que tan unánime y experimentada conclusión fuera incuestionable y, sin embargo, tampoco se antojaba muy digerible que Villa tan preclara (aunque de acontecer tan azaroso) pudiera sustraerse al decisivo influjo de aquel coloso del pensamiento.

Una decisión así bien pudiera cambiar el sentido de una vida, o, al menos, el de un par de meses de ésta, arrebatándolos de las remansadas brumas de la especulación intelectual para entregarlos a la embargante inquietud de la búsqueda: ¿Quién fue este Descartes, qué y cuánto se le debe y, sobre todo, vamos a ver, por qué, siendo, como era, de aquí a tres pasos, no estuvo en la ya para entonces muy noble Villa de Rentería?

Como casi todo el mundo debe saber, Renato Descartes nació un 31 de marzo de hace precisamente cuatro siglos en La Haye de Turenna. Era hijo de un consejero del Parlamento de Rennes y de una buena mujer con precaria salud que murió dejándolo huérfano con sólo dos años y de quien heredó una delicada constitución amén de una palidez y una tos seca que le acompañarían durante toda su vida.

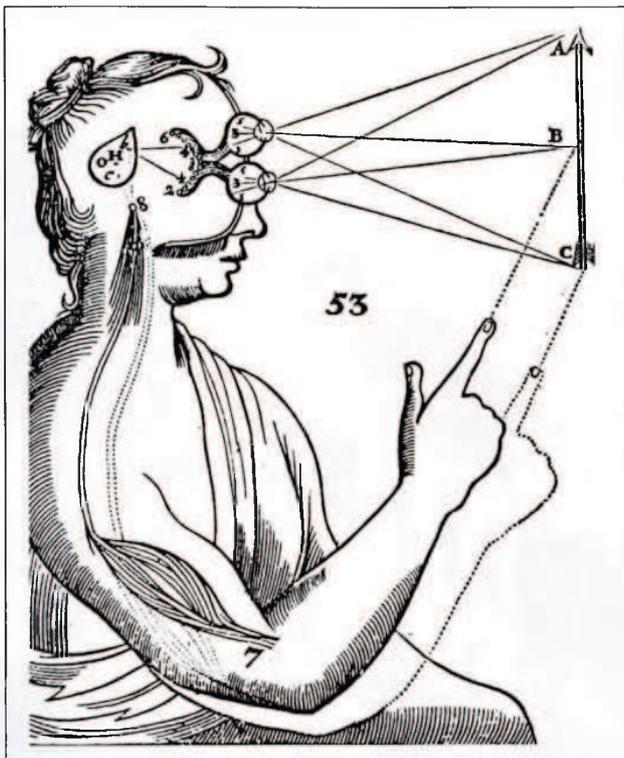
Gozó de las ventajas de disponer desde un principio de una buena educación. Todas sus biografías recogen el hecho, sin duda determinante, de su paso por el Colegio de La Flèche, donde permaneció desde 1600 hasta 1612. Este colegio, muy importante en su época, constituía por entonces una novedad

por varios motivos. En primer lugar, acababa de ser fundado, en 1598, por el *buen rey* Enrique IV. En segundo lugar, estaba al cargo de los jesuitas, una orden por entonces aún novedosa aunque ya en imparable alza.

Al cabo de aquellos estudios, se instaló en París, donde dio una primera muestra de singular talante para quien, como hoy sabemos, sería filósofo por encima de toda otra ocupación. Durante tres años se dedicó a la esgrima, equitación, danza y música. En 1615 marchó a Poitiers en cuya Facultad se licenció en Derecho Civil y Eclesiástico. A partir de 1617, y según propia confesión, resolvió continuar sus estudios en *el gran libro del mundo*. Para ello, y a pesar de ser él un convencido católico, se alistó como mercenario en el ejército protestante de Nassau al comienzo de lo que luego sería la Guerra de los Treinta Años. Nadie se sorprenda de que las guerras durasen tanto. Ganaban en extensión lo que perdían (felizmente) en intensidad. Las costumbres militares de la época dejaban gran libertad de movimientos a los nobles, y nuestro héroe aprovechó tan feliz circunstancia para viajar por toda Europa, dedicándose, además, al estudio de las matemáticas y de la física. Si Descartes fue atípico como católico, y como aprendiz de filósofo, aún lo fue más como soldado. En 1618 entró en contacto con el médico holandés Isaac Beeckman, con quien profundizó sus conocimientos matemáticos. Ya por entonces le rondaba la idea de elaborar un tratado de todas las ciencias bajo el principio universal del orden y la medida.

En abril de 1619 abandonó Holanda y se enroló en el ejército católico de Maximiliano de Baviera. A las orillas del Danubio, el 10 de noviembre del mismo año, en Ulm, acantonado por las nieves, fue objeto de un suceso sencillamente extraordinario para quien pasaría a la historia como un coloso de la razón y que dos siglos más tarde hubiese sido considerado como un arrebato de romanticismo. Dormía en una bodega intensamente calefactada (algunos autores denominan a aquella estancia *estufa*) y tuvo allí y a lo largo de aquella noche, cual Jacob de la Edad Moderna, una serie de tres sueños que le condujeron a *comprender el fundamento de la invención admirable*. Aquel acontecimiento tuvo tres consecuencias: la confirmación de su vocación filosófica, el abandono de la vida militar y la promesa de rendirse a los pies de la Virgen de Loreto en acción de gracias.

Cumplió su segundo propósito en cuanto las circunstancias se lo permitieron, a la entrada victoriosa de sus tropas en Praga tras de la campaña de 1620. No llegó a Francia hasta 1622, tras de largo viaje a través de Holanda y al año siguiente marchó a Italia pasando por Suiza y el Tirol. Desde Venecia cumplió su promesa de peregrinar a pie al santuario de Loreto. Volvió a París en 1625, ya con la intención de fijarse y dedicarse consecuentemente al estudio. Sin embargo, en 1628 fijó su residencia en Holanda. Aquel país, cuyos pintores de aquella época nos han legado la serie de retratos más severos e impresionantes de la historia de la pintura, era por entonces el bastión de las libertades y de la tolerancia filosófica y religiosa en



una Europa atravesada por los conflictos de religión y de intereses, valgan los unos por los otros.

Permaneció Descartes en Holanda los siguientes veinte años, allí pudo conseguir aquella soledad sin aislamiento que constituyó el ideal social de toda su vida. Allí desarrolló casi toda su obra, que en líneas generales proponía una alternativa nueva a la lógica escolástica inspirada en Aristóteles, aún predominante en las escuelas filosóficas de su tiempo. La iniciativa fue mal acogida y, disgustado por la hostilidad que su doctrina encontraba en los medios académicos holandeses, estaba a punto de volver a Francia cuando recibió la invitación de la reina Cristina de Suecia para trasladarse a Estocolmo e instruir-la en su filosofía.

Un barco de guerra sueco fue enviado *ex profeso* para recogerlo. Su llegada a Suecia tuvo lugar en octubre de 1649. La reina Cristina era, sin duda, una mujer singular y los aficionados al séptimo arte recordarán su figura (exquisitamente) inmortalizada por Gretra Garbo. Nuestro filósofo, de quien ya hemos dicho que gozaba de poca salud y malos bronquios, se hospedaba fuera de palacio. La apretada agenda de la inquieta reina no permitía mejor acomodo para las conversaciones filosóficas que hora tan extrema como las cinco de la madrugada, en aquella estación y latitud, mucho antes de la aurora. Hay que admirar el estoicismo de aquellas dos figuras venciendo frío y sueño para entregarse, hacemos votos que con algún aprovechamiento, a las sutilezas de la lógica. A la vuelta de uno de aquellos encuentros pilló Descartes un frío que se le complicó en pulmonía, falleciendo en Estocolmo el 11 de febrero de 1650.

Descartes dedicó buena parte de sus esfuerzos a las matemáticas y a la geometría, que trató no como ciencias diversas, sino como ramas o aspectos de una misma ciencia. La física, o al menos aspectos de ésta, como la luz, la dióptrica o los meteoros fueron igualmente objeto de su estudio. También, como tampoco podía ser menos, la especulación teológica ocupó buena parte de sus horas. Sin embargo, su decisiva aportación a la comunidad pensante fue la unidad de la razón.

La unidad sustancial de los hombres en la razón fue la gran inspiración de sus sueños premonitorios de 1619. Aceptada esta premisa, investigó sus propios problemas y atribuyó a las soluciones que encontró una vigencia generalizable para el conjunto de los demás hombres. Para él, todas las ciencias se reducían a la única sabiduría humana, que llamó *bona mens*, principio a la vez teórico y práctico, y que era, al mismo tiempo, la prudencia por la que el hombre orientaba sus actos y la razón mediante la cual distinguía lo verdadero de lo falso.

Al mismo tiempo, esta actitud era radicalmente individual y razonablemente pragmática. El propio Descartes se manifestaba más interesado en saber que en enseñar. El proselitismo le fue ajeno. Con él la filosofía perdió aridez especulativa para, coincidiendo en ello con Bacon, adquirir una dimensión "*práctica por la cual el hombre pueda convertirse en dueño y poseedor de la naturaleza*". A este respecto, era francamente optimista acerca de la capacidad de su filosofía para mejorar las condiciones de vida de los hombres y librarles de "*una infinidad de enfermedades, tanto del cuerpo como del alma, y quizás también de la debilidad de la vejez*". Todos estos resultados estaban condicionados al dominio de un método, fundado en la unidad y simplicidad de la razón humana, y aplicable a todos los dominios del saber y de las artes.

Descartes definió el método como el conjunto de "*reglas ciertas y fáciles que hacen imposible para quien las observe exactamente tomar lo falso por verdadero y, sin ningún esfuerzo mental inútil, sino aumentando siempre gradualmente su ciencia, le conducirán al conocimiento verdadero de todo lo que es capaz de conocer*". Para formularlo recurrió a su familiaridad con los procedimientos matemáticos. En la segunda parte del *Discurso del método* redujo las reglas fundamentales a cuatro:

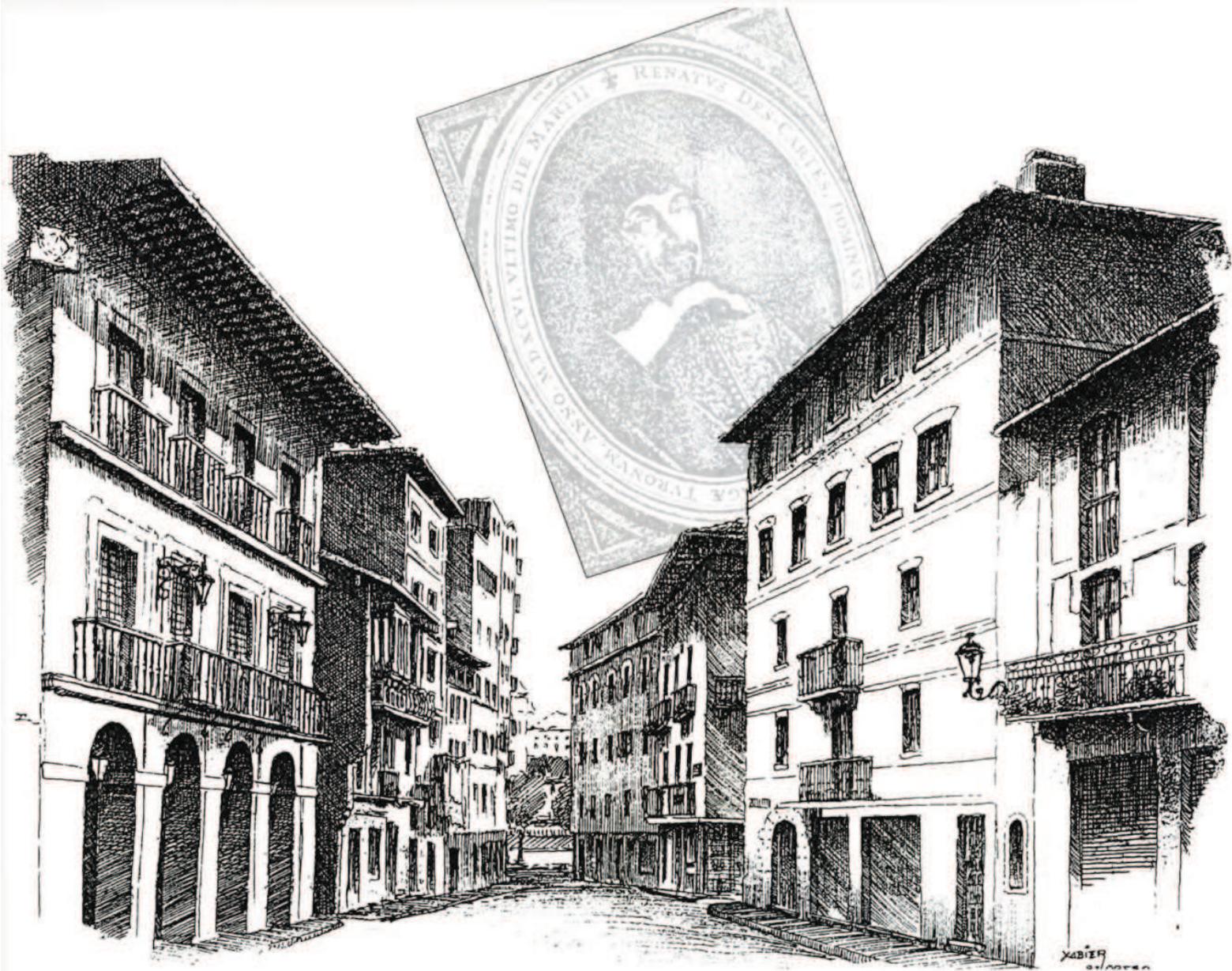
La primera es la de la **evidencia**, que consiste en "*no aceptar nunca ninguna cosa por verdadera si no se la reconoce como tal: o sea, evitar diligentemente la precipitación y la prevención; y no comprender en mis juicios nada más que lo que se presente tan clara y distintamente a mi espíritu que yo no tenga ninguna ocasión de ponerlo en duda*".

La segunda regla es la del **análisis**. "*Dividir cada una de las dificultades que se han de examinar en el mayor número de partes posibles y necesarias para resolverlas mejor*." Una dificultad es un complejo de problemas en los cuales están a la vez mezclados lo verdadero y lo falso.

La tercera regla es la de la **síntesis**. "*Conducir mis pensamientos por orden, empezando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ascender poco a poco, como por grados, hasta los conocimientos más complejos, suponiendo que haya un orden incluso entre los objetos que naturalmente no se precedan los unos a los otros*." Esta regla supone el procedimiento ordenado, que es propio de la geometría, y supone, además, que todo dominio del saber está ordenado o es ordenable análogamente.

La cuarta regla es la de la **enumeración**. "*Hacer en todo enumeraciones tan completas y revisiones tan generales, que estemos seguros de no omitir nada*." La enumeración comprueba el análisis, la revisión comprueba la síntesis. Esta regla prescribe el orden y la continuidad del procedimiento deductivo y tiende a reconducir este procedimiento a la evidencia intuitiva.

Encontrar el fundamento de un método que debe ser la guía segura de la investigación en todas las ciencias, es posi-



ble, según Descartes, sólo con una crítica radical de todo el saber. Es menester suspender al menos una vez el asentimiento a cualquier conocimiento aceptado comúnmente, dudar de todo y considerar provisionalmente como falso todo aquello sobre lo cual es posible la duda. Si, persistiendo en esta postura de crítica radical, se alcanza un principio sobre el cual la duda no es posible, este principio deberá ser juzgado como firmísimo y tal que pueda servir de fundamento a todos los demás conocimientos. En este principio se encontrará la justificación del método.

La obra de Descartes por un lado, abrió las más amplias perspectivas a la explicación mecánica del mundo natural; por otro, estableció, con el principio de la subjetividad racional del hombre, el primero y fundamental supuesto del pensamiento moderno.

Cada vez que razonamos como seres individuales, ligados a nuestros credos pero independientes de ellos; cada vez que reafirmamos nuestras personalidades individuales en medio de las circunstancias que nos envuelven y nos sacuden, Descartes está cerca de nosotros. Cada vez que optamos por nosotros mismos, siguiendo exclusivamente nuestra recta conciencia, seguimos sus pasos. La inmensa mayoría de la gente en Rentería procede de esa manera, y así ha sido cómo Descartes ha venido finalmente a esta Villa. Cada vez que alguien, de forma explícita o implícita, se autoafirma en la conciencia de pensar y ser, invoca la vigencia de su pensamiento que desde hace casi cuatro siglos nos permite confiar en que, puesto que pensamos, existimos. Y ello sin menoscabo de que aquéllos que no gustan de la idea puedan proclamar igualmente que, puesto que no piensan, no existen. Y santaspascuas.